SÉNECA

La Brevedad de la Vida

SÉNECA

La Brevedad de la Vida

Con la frase *«el espacio que vivimos no es vida sino tiempo»*, Séneca nos introduce de lleno en la filosofía de la vida, en el hecho de vivir, en la brevedad de ese espacio de tiempo que se nos concede. Pero en ese espacio, que es exiguo, debemos, nos dice el filósofo latino, aprender a vivir y a morir, cosa que no es fácil, afirma también. Al parecer, sigue diciendo el maestro, algunos grandes hombres que han existido, a pesar de renunciar, abandonar y desprenderse de todo aquello que les servía de rémora, como las riquezas, empleos y placeres, para aprender a vivir, muchos de ellos dejaron este mundo confesando que no lo consiguieron.

Según Séneca «la brevedad de la vida» es solo para aquellos que la malgastan con actividades múltiples y distintas del estudio de la filosofía. Estos desconocen el valor del tiempo, el pasado no lo controlan, el presente se les va de las manos y tienen pánico al futuro, es decir, solo los filósofos son los que han entendido y han aprendido a valorar el tiempo en sus tres momentos y han aprendido a vivir y a morir, por lo tanto solo el sabio es el único capaz de disfrutar íntegramente de la vida.

Lucio Anneo Séneca

De la brevedad de la vida

ePub r1.0
DHa-41 04.12.17

Título original: *De la brevedad de la vida*
Lucio Anneo Séneca, 0055
Traducción: Juan Mariné Isidro
Retoque de cubierta: DHa-41
Imagen usada en la portada: freevector
Extraído del libro *Séneca* publicado en ePubLibre bajo el código 34866

Editor digital: DHa-41
ePub base r1.2

SOBRE LA BREVEDAD DE LA VIDA

La mayor parte de los mortales, Paulino, se queja de la malicia de
la naturaleza, porque somos engendrados para un tiempo escaso, 1
[1] porque estos espacios de tiempo que nos da discurren tan
velozmente, tan rápidamente, que, salvo muy pocos, a los demás
la vida les deja plantados en los propios preparativos de su vida.
Y por esta desgracia, en su opinión común, no sólo gimen la
gente y el vulgo ignorante: este sentimiento ha provocado las
quejas también de insignes varones. De ahí viene la proclama del
mejor de los médicos: «La vida es corta, largo el conocimiento»;
[2] de ahí viene el pleito, muy poco apropiado en un hombre sabio, 2
de Aristóteles, cuando presenta una reclamación contra la
naturaleza: «Ha otorgado a los animales tanta vida que la alargan
cinco o diez generaciones, para el hombre, engendrado para tan
numerosas y notables cosas, mucho más próximo se halla el
término».[3] No tenemos escaso tiempo, sino que perdemos
mucho. Nuestra vida es suficientemente larga y se nos ha dado en 3
abundancia para la realización de las más altas empresas, si se
invierte bien toda entera; pero en cuanto se disipa a través del lujo
y la apatía, en cuanto no se dedica a nada bueno, cuando por fin
nos reclama nuestro último trance nos percatamos de que ya ha
transcurrido la vida que no comprendimos que corría. Así es: no 4
recibimos una vida corta, sino que nos la hacemos, y no somos
indigentes de ella, sino dilapidadores. Tal como los caudales
vastos y dignos de un rey, en cuanto van a parar a un mal dueño,
al instante se desvanecen y, en cambio, por más que sean

modestos, si se ponen en manos de un buen administrador, crecen con su uso, así nuestra vida resulta muy extensa para quien se la organiza bien.

¿Por qué nos quejamos de la naturaleza? Ella se ha portado **2**
bondadosamente: la vida, con que sepas servirte de ella, resulta larga. <Pero> a uno lo domina la avaricia insaciable, a otro su oficiosa aplicación en inútiles empeños; uno se empapa de vino, otro se embota de indolencia; a uno lo agota su ambición siempre pendiente de las decisiones de los demás, a otro su arrebatado deseo de comerciar le lleva alrededor de todas las tierras, de todos los mares, con la esperanza de una ganancia; a algunos los atormenta su pasión por la guerra, sin dejar nunca de estar atentos a los peligros ajenos o angustiados por los suyos; los hay a
quienes desgasta en una voluntaria esclavitud su veneración a sus 2
superiores, en absoluto agradecida; a muchos les han mantenido ocupados sus pretensiones a la fortuna de otros o su preocupación por la propia; a los más, que no van detrás de nada concreto, los ha lanzado a renovados proyectos su volubilidad errática, inconstante, disgustada consigo misma; a algunos no les gusta nada a dónde pudieran enderezar su rumbo, sino que su destino los sorprende languideciendo y bostezando, de manera que no dudo de que sea cierto lo que en el más grande de los poetas está dicho a modo de oráculo: «escasa es la porción de la vida que vivimos».[4] De hecho, todo el trecho restante no es vida, sino
tiempo. Los acosan y cercan por todas partes los vicios y no los 3
dejan alzarse ni levantar los ojos para contemplar la verdad, sino que los retienen hundidos y fijos en su pasión. Nunca les es posible volver en sí. Si tal vez les toca por casualidad algún sosiego, como un mar profundo, en el que también después del vendaval hay agitación, se remecen y nunca tienen reposo de sus pasiones. ¿Piensas que hablo de esos cuyas desgracias están de
manifiesto? Mira a aquellos a cuya prosperidad se arrima la 4
gente: están ahogados por sus bienes. ¡Para cuántos resultan abrumadoras sus riquezas! ¡A cuántos ha chupado la sangre su

elocuencia y la obligación diaria de ostentar su talento! ¡Cuántos andan demacrados por sus continuos placeres! ¡A cuántos no les deja ninguna libertad el hacinamiento de clientes que los asedia! En fin, repásalos todos desde los más bajos hasta los más altos: éste convoca, éste comparece, aquél está en un aprieto, aquél lo defiende, aquél lo juzga, ninguno se ocupa de sí mismo, cada uno se desgasta por el otro. Pregunta sobre esos cuyos nombres son bien sabidos, verás que se los reconoce por estas señales: aquél es servidor de aquél, éste de aquél; ninguno es su propio dueño. Además, la irritación de algunos es verdaderamente insensata: se 5
quejan del desaire de sus superiores porque no han tenido tiempo para ellos cuando querían una audiencia. ¿Se atreve a quejarse de la altanería de otro uno que nunca tiene tiempo para sí mismo? Él, sin embargo, con un aire ciertamente impertinente, pero te ha mirado a veces, a ti, seas quien seas, él ha inclinado sus oídos a tus palabras, él te ha acogido a su lado: tú nunca te has dignado mirarte ni escucharte. Así pues, no tienes por qué hacer valer ante nadie esos buenos oficios, puesto que, cuando los llevabas a cabo, en realidad no querías estar con otro, sino que no podías estar contigo.

Aunque todos los talentos que en algún momento han brillado están de acuerdo en este solo punto, en ningún momento se **3**
admirarán bastante de esta ofuscación de la mente de los hombres. No consienten que nadie invada sus fincas y, si surge un pequeño conflicto sobre la dimensión de los terrenos, acuden corriendo a las piedras y a las armas: dejan que otros entren en su vida, es más, ellos mismos introducen incluso a sus futuros propietarios. No se encuentra nadie que quiera repartir su dinero: ¡entre cuántos distribuye cada uno su vida! Son estrictos a la hora de conservar su patrimonio, en cuanto hay ocasión de malgastar el tiempo, pródigos por demás con lo único en lo que la avaricia 2
resulta honorable. Así pues, es bueno coger aparte a alguno de la multitud de los más viejos: «Vemos que has llegado al extremo de una vida humana, cien o más años te agobian: venga pues, llama a

tu vida para echar cuentas. Saca cuánto de ese tiempo se ha
llevado tu acreedor, cuánto tu amiga, cuánto tu rey, cuánto tu
cliente, cuánto las peleas con tu esposa, cuánto las reprimendas a
tus esclavos, cuánto tus oficiosas caminatas por la ciudad; añade
las enfermedades que cogemos por culpa nuestra, añade también
el tiempo que ha pasado sin provecho: verás que tienes menos 3
años de los que calculas. Haz memoria de cuándo te has mostrado
firme contigo mismo en tus propósitos, de cuántos de tus días han
terminado como tú habías previsto, de cuándo has tenido
provecho de ti mismo, cuándo una expresión natural, cuándo un
espíritu intrépido, qué obras tuyas quedan hechas en tan largo
tiempo, cuántos te han robado la vida sin que tú te percataras de
lo que perdías, cuánto se han llevado el dolor inútil, la alegría
necia, la codicia ansiosa, la conversación huera, qué poco te han
dejado de lo tuyo: comprenderás que mueres prematuramente». 4
¿Qué hay, entonces, en este caso? Que como si siempre fuerais a
vivir vivís, nunca se os hace presente vuestra fragilidad, no
observáis cuánto tiempo ha transcurrido ya; lo perdéis como si
hubiera a rebosar y en abundancia, mientras que quizá
precisamente ese día que consagráis a algo, bien una persona,
bien una cosa, sea el último. Todo lo teméis como mortales, todo
lo queréis como inmortales. Oirás que dicen los más: «A los 5
cincuenta me refugiaré en el ocio, los sesenta me librarán de mis
obligaciones». Y, en definitiva, ¿qué garantías de una vida más
larga recibes? ¿Quién dará su consentimiento para que eso salga
como dispones tú? ¿No te da vergüenza reservar para ti los restos
de tu vida y destinar a la beneficiosa reflexión solamente el
tiempo que ya no puedes dedicar a cosa alguna? ¡Qué tarde es
empezar a vivir precisamente cuando hay que dejarlo! ¡Qué
olvido tan necio de la condición mortal, diferir hasta los cincuenta
o los sesenta años los buenos propósitos y querer comenzar la
vida desde un punto adonde pocos la han prolongado! **4**

A los más poderosos y encumbrados en lo alto verás que se
les escapan palabras según las cuales optan por el ocio, lo alaban,

lo prefieren a todos sus bienes. Desean en esos momentos, si es posible sin riesgo, bajar de su pedestal; en efecto, aunque nada la dañe o golpee desde fuera, la prosperidad se derrumba sobre sí misma.

2 El divino Augusto, a quien los dioses respaldaron más que a ninguno, no dejó de pedir para él reposo y de pretender un descanso de la política;[5] cualquier conversación suya siempre recaía en que esperaba el ocio; distraía sus afanes con este consuelo, dulce, aunque falso: alguna vez él iba a vivir para él. En
3 una carta enviada al Senado, después de asegurar que su reposo no iba a estar exento de dignidad ni en contradicción con su anterior gloria, he encontrado estas palabras: «Pero eso se puede con más gusto hacer que prometer. A mí, sin embargo, el deseo de un tiempo tan ansiado por mí me ha llevado, puesto que la alegría de la realización se demora aún, a anticipar algún placer con el
4 encanto de las palabras». El ocio le pareció un asunto de tanta importancia que, como no podía en la práctica, se lo tomaba por adelantado con el pensamiento. Él, que todo lo veía pendiente sólo de él, que determinaba la suerte de hombres y naciones, soñaba lleno de alegría el día en que se despojaría de su grandeza.
5 Había comprobado cuánto sudor le costaban aquellos bienes que resplandecían por todas las tierras, cuántas preocupaciones veladas ocultaban: obligado a entablar combate contra sus conciudadanos primero, después contra sus colegas, finalmente contra sus parientes,[6] derramó sangre por tierra y por mar. Llevado por la guerra a través de Macedonia, Sicilia, Egipto, Siria y Asia,[7] y prácticamente todas las costas, dirigió sus ejércitos, hastiados de matanzas de romanos, a las guerras exteriores. Mientras pacifica los Alpes[8] y reduce a los enemigos que habían irrumpido en medio de la paz y del imperio, mientras traslada las fronteras más allá del Rin y del Éufrates y del Danubio,[9] en la propia Ciudad se afilaban contra él los puñales de Murena, de
6 Cepión, de Lépido, de Egnacio, de otros.[10] Aún no había escapado a sus acechanzas, y su hija y tantos jóvenes nobles

atados por el adulterio como por un juramento aterrorizaban su edad ya quebrantada,[11] y Julo y de nuevo una mujer que se hacía temible al lado de un Antonio.[12] Estas llagas las había extirpado junto con los miembros mismos: renacían otras; como un cuerpo sobrecargado de sangre, a cada momento reventaba por alguna parte. Así pues, ansiaba el ocio, con la esperanza y el pensamiento de él se aliviaban sus afanes; éste era el anhelo de quien podía hacer que todos vieran realizados sus anhelos.

Marco Cicerón, zarandeado entre los Catilinas y los Clodios, los Pompeyos y los Crasos, de una parte, enemigos manifiestos, **5** de otra parte, amigos dudosos,[13] mientras sufre el oleaje a la par que la República y la sujeta cuando ya se iba a pique, viéndose al final arrastrado, ni sosegado en la prosperidad ni paciente con la adversidad, ¡cuántas veces maldice de aquel consulado suyo, alabado no sin motivo, pero sí sin moderación![14] ¡Qué lastimeras palabras profiere en una carta a Ático,[15] cuando ya 2 había sido derrotado Pompeyo, el padre, y su hijo aún rehacía en Hispania su quebrantado ejército![16] «¿Me preguntas —dice— qué hago aquí? Me estoy en mi finca de Túsculo,[17] a medias libre.» Añade después otras expresiones en las que deplora el tiempo pasado y se queja del presente y desconfía del futuro. «A medias libre» se llamó Cicerón: pero, por Hércules, nunca un 3 sabio se rebajará hasta tan humillante calificativo, nunca será a medias libre, sino de una libertad siempre completa y sólida, suelto y dueño de sus actos y superior a los demás. ¿Qué, pues, puede estar por encima del que está por encima de la suerte?

Livio Druso,[18] hombre impetuoso y violento, después de que **6** había promovido nuevas leyes y el desastre de los Gracos, apoyado por un enorme gentío de Italia entera, al no ver claramente salida para una situación que ni le era posible dominar ni ya era libre de abandonar una vez puesta en marcha, maldiciendo de su vida inquieta desde el comienzo, se dice que dijo que sólo a él no le habían correspondido nunca, ni siquiera de niño, unas vacaciones. Pues se atrevió, aún bajo tutela y vestido

con la pretexta,[19] a recomendar reos a los jueces y a interponer
su influencia en el foro, con tanta eficacia, de hecho, que consta 2
que algunos juicios fueron escamoteados por él. ¿Adónde no iba a
lanzarse una ambición tan prematura? Podías advertir que un
atrevimiento tan precoz vendría a parar en un enorme desastre
tanto particular como público. Así pues, tarde se quejaba de que
no le hubieran correspondido vacaciones, levantisco como fue
desde niño y oneroso para el foro. Se discute si él mismo atentó
contra su propia vida; pues se desplomó de repente al recibir una
herida en la ingle, pudiendo alguien dudar de que su muerte fuera
voluntaria, nadie de que fuera oportuna.[20] Está de más recordar a 3
los muchos que, aun cuando a los demás les parecían los más
dichosos, dieron un auténtico testimonio contra sí mismos,
abominando de toda la actividad de sus años; pero con esta quejas
ni cambiaron a los demás ni a sí mismos; en efecto, una vez que
han estallado en palabras, los sentimientos recaen en sus
costumbres.

Vuestra vida, por Hércules, pese a que se prolongue más de
mil años, se reducirá a unos estrechísimos límites: esos vicios no 4
dejarán ningún siglo sin engullir. Mas este espacio que, por más
que la naturaleza lo cruza corriendo, la razón ensancha, es
inevitable que se os escape rápidamente; pues no lo cogéis ni lo
retenéis ni ponéis freno a la cosa más fugaz de todas, sino que
dejáis que se esfume como una cosa superflua y subsanable.

Ahora bien, en primer lugar cuento a los que no tienen tiempo
para nada más que para el vino y la lascivia; pues nadie está más **7**
vergonzosamente ocupado. Los demás, aunque se dejan cautivar
por una imagen vana de la gloria, se extravían sin embargo con
cierta dignidad; aunque me enumeres a los avaros, a los iracundos
y a quienes ponen en práctica odios o guerras injustos, todos ésos
obran mal con más hombría: la deshonra de quienes se dan al
vientre y a la lascivia es infame. Registra todos sus momentos, 2
fíjate en cuánto tiempo pierden haciendo cálculos, cuánto tiempo
urdiendo engaños, cuánto tiempo sintiendo miedo, cuánto tiempo

cortejando, cuánto tiempo siendo cortejados, qué cantidad les roban los pleitos suyos y ajenos, qué cantidad los convites, que son ya una auténtica obligación: verás cómo no los dejan respirar, ya sean sus males, ya sean sus bienes.

En fin, todo el mundo está de acuerdo en que un hombre obsesionado no puede ejercer ningún oficio, ni la elocuencia ni 3
las profesiones liberales, ya que su espíritu distraído no deja recalar nada en su fondo, sino que todo lo vomita como si se lo hubieran embutido a la fuerza. Nada es menos propio de un hombre obsesionado que el vivir: de ninguna otra cosa es más difícil el aprendizaje. Los cultivadores de otras ciencias se hallan por todas partes y en gran número, pero en algunas de ellas personas muy jóvenes parecen haberse instruido tan bien que podrían instruir sobre ellas: a vivir hay que aprender durante toda la vida y, cosa que quizá te extrañe más, durante toda la vida hay que aprender a morir. Tantos grandísimos hombres, abandonando toda impedimenta, una vez que habían renunciado a las riquezas, 4
a los cargos, a los placeres, hasta sus últimos instantes sólo hicieron esto: ir sabiendo vivir; los más de ellos, sin embargo, se marcharon de la vida tras reconocer que aún no sabían: cuánto menos sabrán ésos. Créeme, es propio del hombre eminente y que 5
está por encima de los extravíos humanos no dejar que le quiten nada de su tiempo, y su vida resulta larguísima precisamente porque todo cuanto se ha prolongado ha quedado enteramente libre para él. Ningún momento ha quedado inactivo y ocioso, ninguno ha estado cedido a otra persona, pues tampoco ha hallado nada digno de intercambiar por su tiempo, como que es de él celosísimo administrador. Así pues, para él fue suficiente: en cambio, es inevitable que les falte a aquellos de cuya vida la gente 6
se ha llevado mucha parte. Y no tienes por qué pensar que ellos no advierten a veces su pérdida: por descontado que oirás a los más de esos a quienes una gran prosperidad abruma, exclamar ante tropeles de clientes o demandas judiciales u otras honestas tribulaciones de cuando en cuando: «Me resulta imposible vivir». 7

¿Cómo no te va a resultar imposible? Todos los que te reclaman para ellos te sustraen a ti mismo. Aquel acusado ¿cuántos días se te llevó? ¿Cuántos, aquel candidato?[21] ¿Cuántos, aquella anciana cansada de enterrar herederos? ¿Cuántos, aquel enfermo, imaginario a fin de azuzar la codicia de los que acechan su herencia?[22] ¿Cuánto, aquel amigo más poderoso, que os retiene no por amistad sino por ostentación? Comprueba, te digo, y recuenta los días de tu vida: verás que en tu haber restan bien 8
pocos y de rechazo. El que ha conseguido los haces que anhelaba desea dejarlos y continuamente dice: «¿Cuándo pasará este año?». [23] Aquél organiza unos juegos, cuyo encargo tuvo en mucho que le tocara a él:[24] «¿Cuándo —dice— me libraré de esto?». A aquel abogado se lo disputan por todo el foro, y colma con una gran concurrencia cualquier lugar, más allá de donde pueden oírlo: «¿Cuándo —dice— se suspenderán los procesos?». Todo el mundo acelera su vida y se esfuerza por su ansia del futuro, por su hastío del presente. Por el contrario, el que no deja ningún 9
momento sin dedicarlo a sus intereses, el que organiza todos sus días como si fueran el último,[25] ni ansía el mañana ni lo teme. ¿Qué placer nuevo puede ya reportarle una hora? Todo le es conocido, todo experimentado hasta la saciedad. De lo demás, que la suerte disponga como quiera: su vida está ya a salvo. Se le puede añadir algo, quitarle nada, y añadírselo tal como a un hombre ya ahíto y lleno algo de comida que tampoco desea y lo toma. Conque no tienes por qué pensar, a la vista de canas y 10
arrugas, que uno ha vivido mucho tiempo: no ha vivido ése mucho tiempo, sino que ha existido mucho tiempo. ¿Qué, pues, si pensaras que ha navegado mucho aquel a quien una furiosa tempestad, cogiéndolo fuera del puerto, ha arrastrado de acá para allá y ha llevado en círculo por las mismas zonas gracias a las alternancias de los vientos desencadenados desde todas direcciones? Ése no ha navegado mucho, sino que ha sido zarandeado mucho.[26]

Suelo extrañarme cuando veo a algunos pidiendo tiempo, y
muy bien dispuestos a quienes se lo solicitan; los unos y los otros **8**
contemplan aquello por lo que se ha pedido el tiempo, ni unos ni
otros, de hecho, el tiempo en sí: como si no pidieran nada, como
si no dieran nada. Juegan con la más valiosa de todas las cosas; es
que los engaña porque es cosa inmaterial, porque no salta a la
vista, y por eso lo tasan muy barato, es más, su valor es
prácticamente nulo. Los hombres reciben sus anualidades y 2
congiarios con agradecimiento y por ellos alquilan su trabajo o su
esfuerzo o su celo: nadie valora el tiempo; lo emplean sin
restricciones, como si fuera gratuito. Pero a ésos mismos los
verás, si está muy próximo el peligro de muerte, abrazándose a las
rodillas de los médicos, si temen una pena de muerte, dispuestos a
desembolsar todos sus bienes para vivir: tan grande es en ellos la
contradicción de sus sentimientos. Y si se pudiera, del mismo
modo que los años pasados de cada cual, ponerles a la vista el 3
número de los futuros, ¡cómo temblarían los que vieran que les
quedaban pocos, cómo los economizarían! Pues bien, es fácil
administrar lo que es fijo, por más que sea escaso; se debe
conservar con más esmero lo que no sabes cuándo faltará. Sin
embargo, no tienes por qué pensar que ellos ignoran hasta qué 4
punto es una cosa cara: suelen decir a los que aprecian en extremo
que ellos están dispuestos a darles una parte de sus años. La dan y
no saben qué hacen; en cambio, la dan de tal modo que se la
quitan a sí mismos sin beneficio de los otros. Pero precisamente
esto, que se la quitan, no lo advierten; por eso les resulta tolerable
la pérdida de algo cuya merma es invisible. Nadie te restituirá tus 5
años, nadie te devolverá de nuevo a ti mismo. La vida irá por
donde empezó y no invertirá ni detendrá su marcha; en absoluto
hará alboroto, en absoluto nos advertirá de su velocidad: se
deslizará queda. No por mandato de un rey ni por favoritismo a
un pueblo se prolongará: tal como desde el primer día se puso en
marcha correrá, jamás se desviará, jamás se entretendrá. ¿Qué va
a pasar? Que tú estás distraído, la vida se apresura; entre tanto, se

presentará la muerte, para la que, quieras o no quieras, hay que tener tiempo.

¿Se puede mencionar nada más insensato que <la decisión> de esos hombres que alardean de su prudencia? Están afanosamente atareados para poder vivir mejor, a expensas de la vida construyen su vida. Organizan sus planes para un lejano futuro; ahora bien, la mayor pérdida de vida es la dilación: elimina el día actual, escamotea el presente mientras promete lo por venir. El obstáculo mayor para vivir es la espera, que depende del día de mañana, desperdicia el de hoy. Dispones de lo que está puesto en manos de la suerte, desechas lo que está en las tuyas. ¿Adónde miras? ¿Adónde te alargas? Todo lo que ha de venir está en entredicho: vive al día. Así clama el mayor de los vates y, como inspirado por una boca divina, canta un canto saludable:

> Todos los días mejores de vida a los míseros hombres
> huyen primero.[27]

«¿Por qué vacilas? —dice—, ¿por qué te paras? Si no lo agarras, te huye.» Y aun cuando lo agarres, te huirá; así pues, contra la fugacidad del tiempo hay que competir con la celeridad en emplearlo, y hay que sorberlo como de un torrente rápido y que no va a correr siempre. También va perfectamente a la hora de criticar la interminable vacilación el hecho de que no dice la mejor «época», sino los mejores «días». ¿Por qué, tranquilo y calmoso en medio de tan precipitada fuga del tiempo, te prometes meses y años en larga sucesión, según le parezca a tu avidez? Te está hablando de unos días y precisamente de cómo huyen. ¿Es entonces dudoso que todos los mejores días huyen a los hombres míseros, esto es, atareados? Sus espíritus todavía infantiles los toma por sorpresa la vejez, a la que llegan desprevenidos y desarmados. Pues no han previsto nada: de repente han caído en ella sin barruntársela, no notaban que se iba acercando cada día. Del mismo modo que bien una conversación, bien una lectura,

bien una reconcentrada meditación entretienen a los que están de viaje, y antes se enteran de que han llegado que de que se acercaban, así este viaje de la vida, permanente y aceleradísimo, que despiertos o durmiendo hacemos al mismo paso, a los atareados no se les hace evidente más que a su término.

Si me propongo separar por partes y sus argumentos lo que he planteado, se me ocurren muchos con los que demostrar que la **10** vida de los atareados es la más corta. Solía decir Fabiano,[28] no uno de esos filósofos profesionales, sino de los verdaderos y a la antigua, que contra los sentimientos hay que luchar con arrojo, no con sutilezas, y hay que ahuyentar sus líneas no con golpes insignificantes, sino con una carga; que <los vicios>, pues, deben ser triturados, no pellizcados. Sin embargo, para censurarles a aquéllos su extravío, hay que enseñarles, no sólo entristecerse por ellos.

En tres etapas se divide la vida: la que ha sido, la que es, la que va a ser. De ellas, la que estamos pasando es breve, la que 2 vamos a pasar, incierta, la que hemos pasado, segura; ésta es, pues, en la que la suerte ha perdido sus derechos, la que no se puede sujetar de nuevo al capricho de nadie.[29] Ésta la pierden los atareados; pues no tienen tiempo de mirar el pasado, y si tienen, les es desagradable el recuerdo de cosas de las que se arrepienten. Así pues, mal de su grado hacen retroceder su 3 espíritu hasta el tiempo perdido de mala manera, y no se atreven a recordar aquel cuyos defectos, incluso los que se infiltraban gracias al atractivo del placer momentáneo, al revisarlos se hacen patentes. Nadie sino quien todo lo ha hecho bajo su propio criterio, que nunca se equivoca, se remonta de buena gana al 4 pasado; el que ha deseado ambiciosamente muchas cosas, el que las ha menospreciado orgullosamente, el que ha triunfado despóticamente, el que ha engañado pérfidamente, el que ha arramblado avariciosamente, el que ha derrochado pródigamente, es natural que tema sus recuerdos. Pues bien, ésta es la porción de nuestro tiempo inviolable y sagrada, que ha superado todos los

infortunios humanos, que se ha sustraído al imperio de la suerte, a la que ni la escasez ni el miedo ni las molestias de las enfermedades alteran; ésta no puede verse turbada ni arrebatada: su posesión es perpetua y libre de temores. Tan sólo uno a uno se hacen presentes los días, y aún a trechos; por el contrario, todos los del tiempo pasado, cuando se lo ordenes, acudirán, consentirán ser examinados y retenidos a tu voluntad, cosa que 5
los atareados no tienen tiempo de hacer. Propio de una mente tranquila y sosegada es desplazarse por todas las etapas de su vida: los espíritus de los atareados, como si estuvieran bajo un yugo, no pueden girarse y mirar atrás. Cae, por tanto, tu vida en un pozo sin fondo y, así como por más que eches cuanto quieras, no sirve de nada si no hay debajo algo que lo sostenga y conserve, igualmente no importa nada cuánto tiempo se concede, si no tiene donde sustentarse, se filtra a través de los espíritus resquebrajados y agujereados.[30] El presente es un tiempo cortísimo, hasta el 6
punto de que realmente a algunos les parece inexistente; pues siempre está en marcha, fluye y se precipita; deja de existir antes de llegar y no admite más demora que el universo y los astros, cuyo movimiento siempre incesante nunca se mantiene en el mismo sitio. Sólo a los atareados, por tanto, concierne el tiempo presente, que es tan fugaz que no se puede coger, y también ése a ellos, al estar ocupados en muchos quehaceres, se les sustrae.

¿Quieres saber, en fin, hasta qué punto no viven mucho? Mira **11**
hasta qué punto desean vivir mucho. Ya ancianos decrépitos, mendigan con sus ofrendas la prórroga de unos pocos años; fingen a su vez tener menos edad; se halagan con este embuste y se mienten tan a gusto como si al mismo tiempo engañaran a los hados. Mas cuando ya algún achaque les recuerda su condición mortal, ¡de qué modo mueren aterrorizados, no como si salieran de la vida, sino como si fueran sacados! A gritos proclaman que han sido unos estúpidos ellos, pues no han vivido, y que, en caso de librarse de esa indisposición, van a vivir en el ocio; entonces piensan cómo se han procurado inútilmente cosas de las que no

disfrutaban, cómo todo su trabajo ha sido en vano. Por el contrario, a aquellos cuya vida se desarrolla lejos de toda ocupación, ¿cómo no va a resultarles extensa? De ella nada se les 2
merma, nada se disemina por aquí y por allá, nada de ahí se entrega a la suerte, nada se pierde por negligencia, nada se menoscaba por prodigalidad, nada es superfluo: toda ella, por así decir, está puesta a interés. Así pues, por poca que sea, es de sobra suficiente y por eso, en el momento en que llegue su día final, el sabio no vacilará en ir a la muerte con paso firme.

¿Te preguntas quizás a quiénes llamo atareados? No tienes por qué pensar que sólo se lo digo a quienes los perros, azuzados **12**
finalmente contra ellos, expulsan de la basílica, a quienes ves ahogarse con todos los honores en su propio ajetreo o con todos los desaires en el ajeno, a quienes sus deberes sacan de sus casas para estrellarlos contra las puertas ajenas, a quienes la lanza del pretor no deja descansar por mor de una ganancia infame y que algún día va a reventar como un abceso.[31] El ocio de algunos es 2
atareado: en su villa o en su lecho, en medio de la soledad, a pesar de que se hayan apartado de todos, resultan fastidiosos para sí mismos; su vida no hay que denominarla ociosa, sino ocupación desidiosa. ¿Llamas tú ocioso a quien clasifica con ansiosa precisión sus vasos de Corinto, valiosos por la manía de unos cuantos,[32] y consume la mayor parte de sus días en unos metales herrumbrosos? ¿A quien se sienta en la ceroma[33] (¡Qué abominación, en efecto, ya ni padecemos vicios romanos!), aficionado a los jóvenes luchadores? ¿A quien separa los rebaños de los suyos, ya untados, por parejas de edad y color?[34] ¿A 3
quien mantiene a los atletas bisoños? ¿Qué? ¿Llamas ociosos a quienes pasan muchas horas con el barbero, mientras les rasuran lo que ha crecido quizá la noche antes, mientras celebran consulta sobre cada uno de los pelos, mientras les arreglan la cabellera despeinada o les echan hacia la frente desde ambos lados la que está desapareciendo? ¡Cómo se irritan si el barbero ha sido un tanto torpe, como si barbeara a un hombre! ¡Cómo se encienden

si les han recortado un pelo de su cabellera, si alguno ha quedado fuera de su sitio, si todos no han caído en su rizo correspondiente! ¿Quién hay de esos que no prefiera que se descomponga el Estado antes que sus cabellos? ¿Que no esté más preocupado del arreglo de su cabeza que de su salud? ¿Que no prefiera ser más elegante antes que más honrado? ¿Ociosos llamas tú a éstos, ocupados 4
entre peines y espejos? ¿Qué hay de aquellos <que> se han empeñado en componer, escuchar, aprender canciones, mientras su voz, cuya correcta emisión la naturaleza hizo excelente y sencillísima, la retuercen con los altibajos de una melodía inadecuada, aquellos cuyos dedos suenan siempre mientras miden para su coleto algún poema, aquellos que, cuando están dedicados a tareas serias, incluso a menudo tristes, dejan oír el tarareo de una melodía?[35] Ésos no tienen ocio, sino negocios inútiles. Por 5
Hércules, yo no pondría sus banquetes entre sus ratos libres, cuando veo cuán cuidadosos disponen la plata, qué esmeradamente ciñen las túnicas de sus esclavos de placer, qué pendientes están de cómo sale el jabalí de manos del cocinero, con qué rapidez, al darse la señal, corren los esclavos imberbes a sus menesteres, con cuánto arte se trinchan las aves en trozos nada irregulares,[36] qué aplicadamente limpian los desdichados muchachitos las babas de los borrachos. Con esto se ganan fama de elegancia y magnificencia, y hasta tal punto en todos los avatares de su vida los persiguen sus males, que ni beben ni comen si no es por interés. Tampoco contaría yo entre los ociosos a los que se trasladan en silla o en litera de acá para allá y se 6
presentan a las horas de sus paseos como si no les fuera posible faltar a ellos, a quienes otro ha de recordar cuándo deben lavarse, cuándo nadar, cuándo cenar; hasta tal punto se deshacen en la excesiva lasitud de su espíritu refinado, que no pueden saber por sí mismos si tienen hambre. Me cuentan que uno de esos 7
refinados (si es que hay que llamar refinamiento a desaprender la vida y la conducta propias de un hombre), colocado en la silla, preguntó: «¿Ya estoy sentado?». ¿Piensas tú que éste, que ignora

si está sentado, sabe si vive, si ve, si está ocioso? No sabría decir claramente qué me da más lástima, que lo ignorara o que fingiera ignorarlo. Sufren, de hecho, el olvido de muchas cosas, pero 8
también simulan el de muchas. Ciertos vicios los complacen como si fueran pruebas de su felicidad: parece de hombre demasiado plebeyo y menospreciable saber qué haces. ¡Ahora ve y mantén que los mimos se inventan muchas cosas para criticar nuestro desenfreno! Por Hércules, pasan por alto más cosas de las que se inventan, y la enorme abundancia de vicios increíbles en esta época sólo para esto imaginativa ha llegado al extremo de que ya podemos denunciar la negligencia de los mimos.[37] ¡Que haya alguien que con los refinamientos se haya echado a perder hasta el punto de fiar en otro si está sentado! Luego éste no es un 9
ocioso, podrías darle otro nombre: es un enfermo, más aún, es un muerto; es un ocioso aquel que de su ocio tiene también la sensación. Mas este vivo a medias, a quien hace falta un testigo para distinguir las posiciones de su propio cuerpo, ¿cómo puede éste ser dueño de ningún tiempo?

Es prolijo repasar uno por uno aquellos cuya vida han consumido los bandidos[38] o la pelota o el cuidado de cocer su **13**
cuerpo al sol. No son ociosos aquellos cuyos placeres tienen mucho de negocio. En efecto, nadie dudará de que no hacen algo laboriosamente los que se entretienen en el estudio de erudiciones inservibles, de los que ya hay entre los romanos una tremenda 2
tropa.[39] Fue propia de los griegos esa obsesión por indagar qué cantidad de remeros había tenido Ulises, si había sido escrita antes la *Ilíada* o la *Odisea*, además de si eran de un mismo autor, y una serie de otros detalles de esta clase,[40] que, si te los reservas, en nada ayudan a tu conocimiento callado, si los publicas, no pareces más sabio, sino más pesado. He aquí que 3
también a los romanos los ha invadido la vana afición por aprender cosas innecesarias. Hace pocos días oí a uno que contaba qué había sido el primero en hacer cada uno de los generales romanos: Duilio fue el primero que venció en un

combate naval,[41] Curio Dentato fue el primero que llevó elefantes en un triunfo.[42] Y aún esas anécdotas, pese a que no apuntan a la auténtica gloria, versan cuando menos sobre ejemplos de actuaciones cívicas; no va a ser útil una tal ciencia, pero es capaz de entretenernos con la atrayente banalidad de los 4
pormenores. Dejemos también en manos de los curiosos la cuestión de quién fue el primero que convenció a los romanos de que subieran a un barco (ése fue Claudio, por eso mismo apodado Cáudex,[43] porque un ensamblaje de muchas tablas entre los antiguos se llamaba *caudex*, de donde se denominan *codices* las tablas públicas, y aún hoy en día, conforme a una antigua tradición, los barcos que transportan provisiones por el Tíber se llaman *codicariae*); que venga también en buena hora al caso el 5
hecho de que Valerio Corvino fue el primero que conquistó Mesina y el primero de la familia de los Valerios que fue apodado Mesana, al adoptar el nombre de la ciudad conquistada, y, como la gente fue cambiando paulatinamente las letras, le dijeron Mesala:[44] ¿no vas a permitir también a alguien atender al hecho 6
de que Lucio Sila fue el primero que ofreció en el circo leones sueltos, cuando hasta entonces se ofrecían atados, una vez que el rey Boco había enviado unos arqueros para abatirlos?[45] Dejémosle en buena hora también esto: ¿no tiene algún interés positivo también que Pompeyo fuera el primero que presentó en el circo la pelea de dieciocho elefantes, enfrentándoles, como en batalla, unos hombres inocentes?[46] El personaje principal de la ciudad, y entre los personajes antiguos, según cuenta la fama, de una bondad extraordinaria, consideró un glorioso género de espectáculo aniquilar a unos hombres con métodos nuevos. ¿Combaten a muerte? Es insuficiente. ¿Se hieren? Es insuficiente: que se dejen triturar por la enorme mole de unos animales. Era preferible que hechos así cayeran en el olvido, para que nadie 7
poderoso los aprendiera luego y tuviera envidia de una actuación bien poco humana. ¡Ay, cuánta niebla arroja sobre nuestras mentes una gran prosperidad! Él creyó entonces estar por encima

de la naturaleza, cuando arrojaba tantos montones de hombres infelices a unas bestias nacidas bajo otro cielo, cuando provocaba una guerra entre unos animales tan desiguales, cuando derramaba abundante sangre a la vista del pueblo romano él, que pronto iba a hacerle derramar más. Pero ese mismo, engañado luego por la deslealtad alejandrina, se ofreció para ser traspasado por el último de los sirvientes, con lo que al fin comprendió la absurda arrogancia de su apodo.[47]

8 Pero, por volver al propósito del que me he alejado y mostrar el inútil celo de algunos en idénticas cuestiones, el mismo de antes contaba que Metelo, al celebrar su triunfo por haber derrotado a los cartagineses en Sicilia, fue el único de todos los romanos que llevó delante de su carro ciento veinte elefantes capturados;[48] que Sila fue el último de los romanos que amplió el pomerio, cuya ampliación era costumbre entre los antiguos nunca por haberse anexionado territorio provincial, sino itálico.[49] ¿Saber esto es más útil que saber que el Monte Aventino está fuera del pomerio,[50] según afirmaba él, por una de dos razones, o porque la plebe se había retirado allí,[51] o porque, estando en ese lugar Remo tomando los auspicios, las aves no le aparecieron
9 favorables,[52] y una serie de cosas incontables que o son falsas o semejantes a las mentiras? En efecto, aunque concedas que todo lo dicen de buena fe, aunque lo pongan por escrito para corroborarlo, ¿de quién atenuarán los extravíos esos detalles? ¿De quién reprimirán las ambiciones? ¿A quién harán más esforzado, a quién más justo, a quién más generoso? Nuestro Fabiano decía que a veces dudaba de si era preferible no dejarse llevar por ningún afán de conocimientos antes que dejarse enredar en éstos.

Son hombres ociosos sólo quienes están libres para la
14 sabiduría, sólo ellos están vivos; pues no conservan tan sólo su vida: cualquier tiempo lo añaden al suyo; todos los años que se han desarrollado antes que ellos, están adquiridos para ellos. Si no somos de lo más desagradecido, reconoceremos que los esclarecidos fundadores de venerables doctrinas nacieron para

nosotros, organizaron su vida para nosotros. Gracias al trabajo de otros nos vemos conducidos a los hechos más hermosos sacados de las tinieblas a la luz; ninguna época nos está vedada, en todas somos admitidos, y si por nuestra grandeza de espíritu nos complace rebasar las estrecheces de las insuficiencias humanas, tenemos mucho tiempo por donde extendernos. Nos es posible debatir con Sócrates, dudar con Carnéades, con Epicuro 2
sosegarnos, vencer con los estoicos la naturaleza del hombre, sobrepasarla con los cínicos.[53] Ya que la naturaleza nos permite extendernos para participar en cualquier época, ¿cómo no entregarnos de todo corazón, saliendo de este tránsito temporal exiguo y caduco, a las cosas que son ilimitadas, eternas, comunes con los mejores? Esos que corretean de un cumplido a otro, que se incordian a sí mismos y a los demás, cuando ya se han vuelto 3
bien locos, cuando han recorrido cada día los umbrales de todo el mundo y no han pasado por alto ninguna puerta abierta, cuando han hecho circular por las casas más diversas sus saludos interesados,[54] ¿qué proporción de personas en una ciudad tan inmensa y dividida por múltiples pasiones podrán visitar? ¡Cuántos serán aquellos cuyo sueño o molicie o descortesía les 4
niegue el paso! ¡Cuántos los que, después de hacerles sufrir largo rato, les darán de lado con una urgencia fingida! ¡Cuántos evitarán salir por el atrio atestado de clientes y escaparán por pasadizos de la casa secretos, como si engañar no fuera más descortés que rechazar! ¡Cuántos, medio dormidos y abotargados por la borrachera de la noche pasada, mientras aquellos infelices interrumpen su propio sueño para velar el ajeno, repetirán con un bostezo descarado el nombre que les han susurrado mil veces 5
entreabriendo apenas los labios! Piensa que se ocupan en unas auténticas obligaciones quienes cada día quieren ser más íntimos de Zenón, de Pitágoras y de Demócrito y los demás maestros de los buenos conocimientos, de Aristóteles y Teofrasto. Ninguno de éstos dejará de estar libre, ninguno a quien a él acuda dejará de despedirlo más feliz, más satisfecho de sí mismo, ninguno

consentirá que nadie se vaya de su lado con las manos vacías; de noche, durante el día, pueden ser visitados por todos los mortales.

Ninguno de éstos te inducirá a morir, todos te enseñarán, **15** ninguno de éstos agotará tus años, te agregará los suyos; entre éstos con ninguno la conversación te será peligrosa, con ninguno la amistad funesta, con ninguno la relación onerosa. Lograrás de ellos todo lo que quieras; por ellos no será que no tomes todo lo 2 más que puedas coger. ¡Qué dicha, qué hermosa vejez aguarda al que se ha incluido en la clientela de éstos! Tendrá con quiénes deliberar sobre las cuestiones más fútiles y las más fundamentales, a quiénes consultar cada día sobre sí mismo, por quiénes oír la verdad sin ofensa, ser elogiado sin adulación, a cuya semejanza hacerse. Solemos decir que no estuvo en nuestra 3 mano qué padres nos tocaban en suerte, que nos fueron dados al azar: mas nos es posible nacer para nosotros a nuestro albedrío. Hay familias de ingenios esclarecidos: elige en cuál quieres ser acogido; serás adoptado no sólo para el nombre, sino también para los bienes mismos, que no habrás de guardar con avaricia y mezquindad: más grandes se harán a medida que los compartas 4 con más gente. Ellos te facilitarán el camino hacia la eternidad y te alzarán hasta una posición de la que nadie puede ser desalojado. Éste es el único sistema para prolongar la mortalidad, más aún, para transformarla en inmortalidad. Los cargos, los monumentos, todo lo que la ambición ha impuesto con sus decretos o ha construido con sus obras, rápidamente se derrumba, nada deja de derribar y remover una prolongada vejez; por el contrario, no puede causar daño a las cosas que ha inmortalizado la sabiduría; ninguna edad las borrará, ninguna las menguará; la siguiente y la que siempre vendrá luego contribuirán en algo a la veneración, puesto que, por descontado, la envidia se encuentra en las proximidades, con más sinceridad admiramos lo situado en 5 la lejanía. La vida del sabio, entonces, es muy extensa, no lo ciñen los mismos límites que a los demás: sólo él se libera de las leyes del género humano, todos los siglos están a su servicio

como al de un dios. Ha transcurrido un tiempo, lo capta con el recuerdo; está encima, lo emplea; va a llegar, lo anticipa. Le alarga la vida la reunión de todos los tiempos en uno solo.

Breve y angustiada por demás es la vida de los que se olvidan de las cosas pasadas, descuidan las presentes y sienten temor por **16** las futuras: cuando han llegado a las últimas, tarde comprenden, infelices, que han estado atareados todo ese tiempo en no hacer nada. No tienes por qué pensar que se demuestra que tienen una 2 vida larga con el argumento de que a veces invocan la muerte: los inquieta su insensatez con sentimientos indecisos que incurren incluso en aquello que les da miedo; desean a menudo la muerte precisamente porque la temen. Tampoco tienes por qué pensar 3 que es un argumento a favor de que viven mucho tiempo el hecho de que a menudo el día les parece largo, de que, mientras llega el momento fijado para la cena, se quejan de que las horas pasan despacio; en efecto, si alguna vez los dejan libres sus ocupaciones, abandonados en el ocio se desazonan y no saben cómo organizarlo o pasarlo. Así pues, se lanzan a un quehacer cualquiera y todo el intervalo que media les resulta pesado, igual, por Hércules, que, cuando se ha publicado la fecha de un combate de gladiadores o cuando esperan la fijada para algún otro espectáculo o entretenimiento, quieren saltarse los días intermedios. Cualquier plazo para lo que aguardan les resulta 4 largo. Con todo, el instante que anhelan es breve, y precipitado e incluso más breve por su culpa; pues pasan de una intención a otra y no pueden concentrarse en un solo deseo. No son para ellos largos los días, sino odiosos; pero, por el contrario, ¡qué cortas les parecen las noches que pasan en brazos de las prostitutas o en compañía del vino! De ahí también el delirio de los poetas, que con sus fantasías fomentan los extravíos humanos, a quienes les 5 pareció que Júpiter, por los placeres del coito cautivado, duplicó una noche:[55] ¿qué otra cosa sino inflamar nuestros vicios es asignarles a los dioses como promotores suyos y dar a la pasión enfermiza una licencia justificada por el ejemplo de la divinidad?

¿Pueden no parecer cortísimas las noches a esos que las compran tan caras? El día lo pierden por esperar la noche, la noche por temer el alba.

Sus placeres mismos son intranquilos y agitados por múltiples zozobras, y, cuando están en pleno transporte, los sobrecoge un **17** angustioso pensamiento: «¿Esto, hasta cuándo?». Por este sentimiento los reyes han llorado su poder y no los ha complacido la magnitud de su prosperidad, sino que los ha aterrorizado el final que en algún momento ha de llegar. En una ocasión en que el arrogantísimo rey de los persas desplegaba su ejército por las 2 inmensidades de las llanuras y no podía concebir su número, sino su tamaño, derramó lágrimas porque, en cien años, de tanta juventud no quedaría nadie.[56] Y sin embargo, ese mismo que lloraba iba a acelerarles su destino y a aniquilar a unos en el mar, a otros en tierra, a unos en una batalla, a otros en una desbandada, y en poco tiempo iba a exterminar a aquellos para quienes temía 3 cien años. ¿Qué hay de que incluso sus alegrías son intranquilas? Pues no se basan en motivos consistentes, sino que las perturba la misma ligereza de la que brotan. Ahora bien, ¿cómo piensas que son sus momentos infelices, también según propia confesión, cuando incluso estos en que se exaltan y se alzan por encima del hombre son poco naturales? Los mayores bienes son intranquilos 4 y en ninguna suerte se confía menos que en la mejor: para preservar la prosperidad hace falta más prosperidad, y hay que hacer votos por los votos mismos que han salido bien. Pues todo lo que nos toca por casualidad es inestable y cuanto más alto se remonta, más expuesto está a la caída; y el caso es que a nadie complacen las cosas que van a caer; luego es lógico que sea infelicísima, no sólo cortísima, la vida de los que se procuran con 5 gran trabajo cosas que poseen con otro aún mayor. Laboriosamente logran lo que quieren, angustiosamente tienen lo que han logrado; entre tanto, no se hace ninguna cuenta del tiempo que nunca más ha de volver: nuevas ocupaciones sustituyen a las antiguas, la esperanza despierta más esperanzas,

más ambiciones la ambición. No se busca el fin de las desgracias, sino que se modifica el motivo. Nuestros cargos nos han hecho sufrir: más tiempo nos quitan los ajenos; hemos dejado de afanarnos como candidatos, empezamos a hacerlo como electores;[57] hemos desechado los disgustos de ser acusadores, nos encontramos con los de ser jueces; ha dejado de ser juez, es instructor; ha envejecido en la administración asalariada de bienes ajenos, se ve retenido por sus caudales propios. La sandalia ha 6
dejado ir a Mario, ejerce el consulado.[58] Quincio tiene prisa por pasar su dictadura, lo reclamarán de su arado.[59] Marchará contra los cartagineses, inmaduro aún para tamaña empresa, Escipión; vencedor de Aníbal, vencedor de Antíoco, honra de su consulado, fiador del de su hermano, si no hay por su parte oposición, se verá situado junto a Júpiter: las revueltas civiles sacudirán a este salvador y, tras unos honores iguales a los divinos que aborreció de joven, ya anciano lo complacerá el anhelo de un altivo destierro.[60] Nunca faltarán motivos de inquietud felices o malaventurados; la vida irá pasando entre quehaceres; el ocio nunca se practicará, siempre se deseará.

Así pues, aléjate del montón, querido Paulino, y retírate por fin, después de que te has visto zarandeado no en proporción a tu **18**
edad, a un puerto más tranquilo. Piensa cuántas olas has soportado, cuántas tormentas, en parte particulares has sufrido, en parte públicas has atraído sobre ti; bastante se ha manifestado ya tu virtud en modelos de trabajo y dedicación: prueba a ver qué hace en el ocio. La mayor parte de tu vida, la mejor sin duda, la has consagrado a la política: toma también algo de tu tiempo para 2
ti. Y no te invito a un descanso apático e indolente, ni a que ahogues cuanto en ti hay de temperamento vivaz en el sueño y los placeres caros al vulgo: eso no es descansar; encontrarás tareas más importantes que todas las que hasta ahora has realizado esforzadamente, que podrás desempeñar retirado y tranquilo.

Ciertamente tú llevas las cuentas del orbe de las tierras tan 3
desinteresadamente como ajenas, tan cuidadosamente como

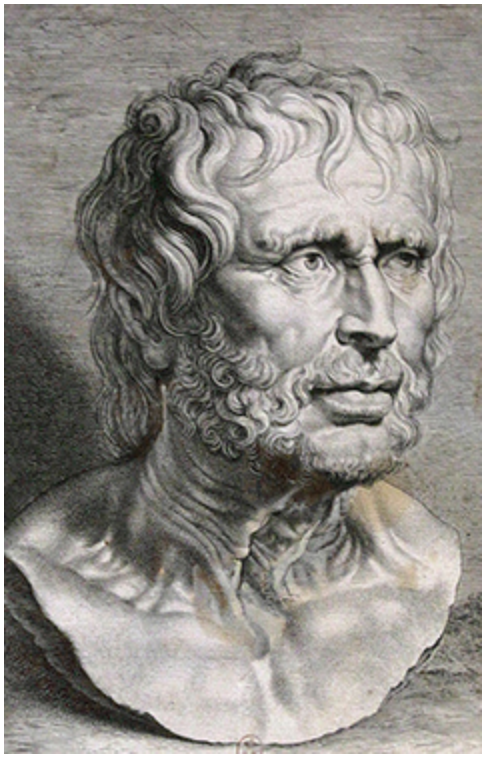
tuyas, tan concienzudamente como estatales; te ganas el afecto en un cargo en el que es difícil evitar el odio; pero con todo, créeme, es mejor sacar las cuentas de la vida de uno que las del trigo 4
público.[61] Esos bríos de tu espíritu, perfectamente capaces de las mayores empresas, desvíalos de una función honrosa, por supuesto, pero poco adecuada para una vida feliz, y piensa que tú, desde tus primeros años, con todo tu estudio de los saberes liberales no perseguías que te encomendaran confiadamente tantos miles de medidas de trigo: algo más grande y más elevado hacías esperar de ti. No faltarán hombres de una escrupulosa integridad y, además, de una minuciosa dedicación: para llevar peso son mucho más adecuadas las lentas acémilas que los nobles corceles, cuya majestuosa ligereza ¿quién la ha oprimido alguna vez con un pesado fardo? Piensa además cuántas preocupaciones 5
te supone ponerte bajo una carga tan abrumadora: tienes que vértelas con el estómago de los hombres; ni se pliega a la razón ni se apacigua con la equidad ni se ablanda con ningún ruego el pueblo cuando tiene hambre. Hace bien poco, en los días en que murió Gayo César (disgustadísimo, si es que a quienes están bajo tierra les queda algún sentimiento, al ver que le sobrevivía el pueblo romano y sobraban víveres para siete u ocho días cuando menos), mientras él tendía puentes de barcos y jugaba con las fuerzas del imperio, se presentó la que también para quienes están sitiados es la última de las calamidades, la escasez de alimentos. Por poco no desembocó en muerte y hambre y lo que sigue al hambre, la destrucción de todas las cosas, esa emulación de un rey demente y extranjero y vanidoso para su desdicha.[62] ¿Qué 6
actitud adoptaron entonces aquellos a quienes estaba encomendada la administración del trigo público, a punto de exponerse a las pedradas, al hierro, al fuego, a Gayo?[63] Con mucho disimulo ocultaban tan gran desgracia escondiéndola en sus corazones, con razón, por supuesto; pues algunos trastornos hay que curarlos sin que se den cuenta los enfermos: para mucha gente la causa de su muerte ha sido enterarse de su enfermedad.

Refúgiate en estos asuntos más sosegados, más seguros, más importantes. ¿Piensas tú que cuidarte de que el trigo se traspase a **19** los graneros sin merma por engaño o negligencia de los transportistas, de que no se estropee y fermente por la humedad que haya cogido, de que responda a la medida y el peso, es comparable a participar en estos asuntos sagrados y sublimes, dispuesto a saber cuál materia es la del dios, cuál su voluntad, cuál su esencia, cuál su forma, qué destino aguarda a tu espíritu, dónde nos pone la naturaleza cuando nos liberamos de nuestros cuerpos, qué es lo que retiene en el medio las cosas de este mundo más pesadas, sostiene por encima las ligeras, lleva el fuego a lo más alto, pone en movimiento los astros en su turno correspondiente, en fin, lo demás lleno de maravillas infinitas? ¿Quieres tú, desentendiéndote de la tierra, mirar con la mente 2 hacia eso? Ahora, mientras está caliente tu sangre, en la plenitud de tus fuerzas, has de encaminarte a cosas mejores. Te aguardan en este género de vida muchos buenos conocimientos, el apego y la práctica de las virtudes, el olvido de las pasiones, la ciencia de vivir y de morir, el profundo sosiego de las cosas.

La situación de todos los atareados realmente es lamentable, pero mucho más lamentable la de los que ni siquiera se afanan en 3 sus tareas propias, duermen conforme al sueño de otros, andan conforme al paso de otros, el amar y el odiar, los actos más libres de todos, les son impuestos. Éstos, si quieren saber hasta qué punto es corta su vida, que piensen en qué proporción es suya.

Así pues, cuando veas su pretexta ya ostentada en ocasiones frecuentes, su nombre célebre en el foro, no los envidies: eso lo **20** alcanzan con perjuicio de su vida. Con tal de que un solo año se numere por su nombre, echarán a perder todos sus años. A algunos, antes de que ascendieran a la cima de su ambición, los ha abandonado la vida en los preliminares de la lucha; a otros, cuando habían trepado a la más alta dignidad gracias a mil indignidades, les ha venido el funesto pensamiento de que han trabajado para el epitafio de su tumba; la extrema vejez de otros,

mientras se apresta a nuevos proyectos, como en su juventud, ha fallado, impotente, en medio de unos empeños excesivos y 2
porfiados. Penoso, aquel a quien ha abandonado su espíritu cuando, bien entrado en años, <exponía> en un juicio sus conclusiones a favor de unos litigantes absolutamente desconocidos y buscaba la aprobación de una concurrencia inexperta; vergonzoso, aquel que, cansándose más pronto de vivir que de trabajar, ha desfallecido en el ejercicio de sus funciones; vergonzoso, aquel de quien, al morir mientras le rinden cuentas, se burla su heredero largo tiempo defraudado. No puedo dejar de referir un ejemplo que me viene a las mientes. Sexto Turanio fue 3
un anciano de cumplida laboriosidad que, pasados los noventa años, como había recibido de Gayo César la orden de jubilarse como procurador, mandó que lo pusieran en la cama y que la familia a su alrededor lo llorara como difunto. Estaba la casa de duelo por la cesantía de su anciano dueño y no puso fin a su tristeza hasta que le fueron restituidas sus funciones.[64] ¿Hasta tal punto es un gusto morir atareado? Idéntica actitud tienen los más: 4
su deseo de trabajar les dura más que su capacidad; luchan contra el debilitamiento de su cuerpo y la vejez misma no la juzgan penosa por ningún otro motivo más que porque los relega. La ley deja de reclutar soldados a partir de los cincuenta años, de convocar a los senadores a partir de los sesenta; los hombres consiguen de sí mismos el retiro con más dificultad que de la ley. 5
Entre tanto, mientras son arrastrados y arrastran, mientras uno interrumpe el reposo de otro, mientras mutuamente se hacen desdichados, su vida resulta sin provecho, sin placer, sin ningún progreso del espíritu: nadie tiene presente la muerte, nadie deja de concebir proyectos a largo plazo, algunos hasta organizan incluso lo que está más allá de la vida, las grandes moles de sus tumbas y las inauguraciones de obras públicas y las ofrendas junto a la pira y unas exequias suntuosas. Pero, por Hércules, sus funerales, como si hubieran vivido poquísimo, a la luz de antorchas y cirios han de marchar.[65]



Lucio Anneo Séneca (Córdoba, h. 4 a. C. - Roma, 65 d. C.). Filósofo y político hispanorromano, nació en el seno de una familia acomodada de la provincia Bética del Imperio Romano. Su padre fue un retórico de prestigio, cuya habilidad dialéctica fue muy apreciada luego por los escolásticos, y cuidó de que la educación de su hijo en Roma incluyera una sólida formación en las artes retóricas, pero Séneca se sintió igualmente atraído por la filosofía, recibiendo enseñanzas de varios maestros que lo iniciaron en las diversas modalidades de la doctrina estoica, por entonces popular en Roma. Emprendió una carrera política, se distinguió como abogado y fue nombrado cuestor.

Su fama, sin embargo, disgustó a Calígula, quien estuvo a punto de condenarlo en el 39. Al subir Claudio al trono, en el 41, fue desterrado a Córcega, acusado de adulterio con una sobrina del emperador. Ocho años más tarde fue llamado de nuevo a Roma como preceptor del joven Nerón y, cuando éste sucedió a Claudio en el 54, se convirtió en uno de sus principales consejeros, cargo que conservó hasta que, en el 62, viéndose

incapaz de controlar los actos extremos del emperador, se retiró de la vida pública.

En el 65 fue acusado de participar en la conspiración de Pisón, con la perspectiva, según algunas fuentes, de suceder en el trono al propio Nerón; éste le ordenó suicidarse, decisión que Séneca adoptó como liberación final de los sufrimientos de este mundo, de acuerdo con su propia filosofía.

Notas

[1] Recuerda Séneca en esta introducción a Salustio, concretamente el comienzo también de la *Guerra de Jugurta*: el filósofo rinde así homenaje a un autor con quien tenía afinidades de estilo y de pensamiento (*cf*. E. Pasoli, «Le prefazione sallustiane e il primo capitolo del *De brevitate vitae* de Seneca», *Evphrosyne* 5 (1972), págs. 437-445; A. Borgo, «Allusione e tecnica citazionale in Seneca (brev., 1, 1; Sall. Iug., 1, 1)», *Vichiana* 18 (1989), págs. 45-51). <<

[2] *Cf*. Hipócrates, *Aforismos*, I, 1. Al parecer, ya Anaxágoras, Empédocles y Demócrito se habían expresado de forma similar, *cf*. Cicerón, *Segundas Académicas*, I, 12. <<

[3] Séneca adjudica a Aristóteles unas palabras que son de su discípulo Teofrasto (*cf. Sobre la ira*, I, nota 107), según testimonia Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, III, 69. <<

[4] No constituye verso esta frase; ni se halla nada parecido en Virgilio ni en Homero, únicos que pueden ser considerados cada uno el mayor poeta en su lengua (de hecho, Séneca aplica a Virgilio este calificativo luego en 9, 2). Por ello, algunos creen que Séneca parafraseó un pasaje de Homero (*cf*. Q. Cataudella, «*Maximus poetarum*», *Studi italiani di filologia classica* 27-28 (1956), págs. 75-82) o de Virgilio (*cf*. G. Mazzoli, «*Maximus poetarum*», *Athenaeum* 40 (1962), págs. 142-156; A. Primmer, «Das Dichterzitat in Sen. dial 10, 2, 2», *Wiener Studien* 19 (1985), págs. 151-157). Pero Séneca atribuye a uno de los dos un fragmento borrosamente recordado de algún otro poeta, que podría ser Simónides (*cf*. H. Dahlmann, «Drei Bemerkungen zu Seneca, *De brevitate vitae*», *Hermes* (1941), págs. 100-106), Menandro (*cf*. A. Garzya, «Varia philologa, III, 2: Sen. Brev. vit., II, 2», *Maia* (1960), págs. 47-50; A. Setaioli «*Maximus poetarum* (Sen. Brev., 2, 2)», *Giornale italiano* di *filologia* 37 (1985), págs. 161-200) o Ennio (*cf*. S. Koster, «*Maximus poetarum* (Sen. dial., 10, 2, 2)», *Rheinisches Museum für Philologie* 121 (1978), págs. 303-310), que podría haber imitado incluso a Eurípides (*cf*. E. Bickel, «Das Ennius-Zitat aus Euripides bei Seneca, *De brev. vitae*, II, 2, und der Topos des νεκὸρς βίος in der Antike», *Rheinisches Museum für Philologie* 94 (1951), págs. 242-249). <<

[5] Más por estrategia que por ansia de ocio, Augusto insinuó por dos veces su intención de renunciar al poder y reimplantar la República (*cf*. Suetonio, *Augusto*, 28, 1-2), lo que, evidentemente, no hizo; sí rechazó, en cambio, cargos extraordinarios, como la dictadura o el consulado vitalicio, o bien otros que se le proponían por encima de las costumbres o del derecho (*cf*. [Augusto], *Hechos del divino Augusto*, 5-6; 10; Tácito, *Anales*, I 9; Suetonio, *ibid*., 52). <<

[6] Augusto remató la guerra civil entre su tío-abuelo y padre adoptivo, Julio César, y Pompeyo, ambos ya muertos, y entabló otra contra Marco Antonio, con quien compartía poder en el segundo triunvirato. Además, condenó al destierro a su única hija, Julia, y a Póstumo y Julia, sus nietos. De estas tribulaciones y otras hace Séneca a continuación un rápido resumen. <<

[7] Distintos escenarios de la guerra civil: en la llanura de Filipos, ciudad de Macedonia, Augusto y Marco Antonio, aún aliados, deshicieron el ejército de Bruto y Casio, asesinos de César (año 42 a. C.); de Sicilia se había apoderado Sexto Pompeyo, hijo del Grande; fue reducido por el lugarteniente y yerno de Augusto, Agripa, tras larga guerra (del 42 al 36 a. C.). Por último, el enfrentamiento entre el futuro emperador y Marco Antonio culminó con la batalla naval de Accio (31 a. C.) frente a las costas de Grecia. Antonio, derrotado, se refugió en Alejandría, capital de Egipto; pasado el invierno, Augusto asedió y rindió a su antiguo aliado con una flota que se había dirigido a Egipto costeando Asia y Siria (*cf*. Suetonio, *Augusto*, 17, 6). No fueron estas últimas, pues, propiamente campo de batallas civiles; en cambio, Séneca no menciona la de Módena (43 a. C.), contra Antonio antes de su alianza, ni la de Perusa (40 a. C.), contra Lucio Antonio, hermano del triunviro (*cf*. Suetonio, *ibid*., 9; 14-15). <<

[8] Los Alpes centrales fueron definitivamente conquistados durante la campaña del año 14 a. C., a cargo de Tiberio y Druso, hijastros de Augusto; los Alpes marítimos, al año siguiente, con lo que los belicosos pueblos de la zona quedaron, de costa a costa, sometidos a Roma (*cf*. CIL, V, 7817; Plinio, *op. cit*., III, 136-137, donde transcribe el texto de dicha inscripción). <<

[9] Continúa Séneca refiriéndose a la política de pacificación del imperio y consolidación de sus fronteras que Augusto realizó en varias campañas dirigidas personalmente o bajo sus auspicios: en Iliria y Dalmacia del año 35 al 34 a. C., contra ástures y cántabros (27-19 a. C.), en el primer caso y que Séneca no menciona; síotras sin intervención directa de Augusto, citando los grandes ríos fronterizos: el Rin con los germanos, el Danubio con los dacios, el Éufrates con los partos. <<

[10] Augusto sofocó durante su largo gobierno numerosas conjuras contra su persona (*cf*. Suetonio, *Augusto*, 19, donde, además de los cuatro conspiradores nombrados por Séneca, menciona otros cinco). En el año 22 a. C. se descubrió una confusa trama, al parecer dirigida por Murena asociado con Fabio Cepión (la identidad de este Murena ya es problemática: Suetonio, *loc. cit*., lo llama Varrón Murena; Veleyo Patérculo, *op. cit*., II, 91, Lucio Murena; Estrabón, *Geografía*, XIV, 670, y Dion Casio, *op. cit*., LIV, 3, 4, sólo Murena). Lépido, su antiguo colega, se hizo fuerte en Sicilia y se le enfrentó por su posesión; fue derrotado y definitivamente relegado, aunque perdonado (*cf*. Veleyo Patérculo, *op. cit*., II, 80, 1-2; Apiano, *Guerras civiles*, 123-126; 131). Su hijo, igualmente llamado Marco Emilio Lépido, intentó vengarlo, pero fue ejecutado (*cf*. Dion Casio, *op. cit*., LIV, 15, 1-3). Sobre Marco Egnacio Rufo, también conspirador ejecutado, *cf*. Veleyo Patérculo, *op. cit*., II, 91-92. <<

[11] Julia se casó tres veces, siempre por imposición paterna; la última con Tiberio, que la odiaba por eso (*cf*. Suetonio, *Tiberio*, 7); Julia escapaba de los sinsabores de su matrimonio con amores adúlteros, sin recatarse, aunque el escándalo no llegó a conocimiento de Augusto hasta el año 2 a. C. (*cf*. Dion Casio, *op. cit*., LIV, 10), cuando contaba él 61 de edad. <<

[12] Junto con Julia fueron condenados nueve de sus amantes, ocho de ellos al destierro y uno a muerte. No parece casual que éste fuera precisamente Julo Antonio, hijo del triunviro, sino que hubo razones, por así decir, políticas (*cf*. Dion Casio, *loc. cit*. en nota anterior), a las que alude Séneca evocando a la pareja, tan peligrosa para Augusto, que formaron Cleopatra y Marco Antonio. <<

[13] Catilina (*cf. Sobre la ira*, III, nota 238) y Clodio (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 44), adversarios a todas luces de Cicerón; los dos triunviros, Pompeyo y Craso, mantuvieron una ambigua relación con él: el segundo fue sospechoso de complicidad en la conjuración de Catilina, aunque él afirmaba que tales acusaciones las urdía el propio Cicerón (*cf.* Salustio, *Conjuración de Catilina*, 17, 7; 48, 4-9). Pompeyo, a pesar de haber recibido el apoyo del orador con su discurso *Sobre la ley Manilia* para que se le encomendara el mando en la guerra contra Mitrídates, a su regreso triunfal y una vez triunviro consintió que Clodio desterrara a Cicerón (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota cit.). <<

[14] Por Cicerón mismo el primero, en su poema perdido *Sobre su consulado* (*cf*. Bardon, *op. cit*., I, pág. 367), del que se conservan algunos versos, *cf*. los citados en *Sobre la ira*, y III, nota 274. <<

[15] Tito Pomponio Ático, amigo y banquero de Cicerón y, durante veinticuatro años, destinatario de las cartas más espontáneas y sinceras del orador. Entre las conservadas no se halla este párrafo que cita Séneca (frag. 10.6 en la ed. Watt) donde Cicerón se llama a sí mismo *semiliber*. La explicación, para Séneca, es clara: Cicerón no alcanzó la sabiduría ni la plena libertad porque no supo desvincularse de la política (*cf*. P. Grimal, «Sénèque juge de Cicéron», *Mélanges de l'École française de Rome* 96 (1984), págs. 655-670). <<

[16] Tras la muerte de Gneo Pompeyo el año 48 a. C., su hijo, llamado igualmente Gneo, ocupó las Baleares y se hizo fuerte en la península, hasta que fue derrotado por César en Munda (45 a. C.) y asesinado después de la batalla; en ella intervino también su hermano Sexto, que escapó con vida. <<

[17] Antigua ciudad del Lacio, en los montes Albanos. Allí tuvo Cicerón una villa (había pertenecido antes al dictador Sila) donde se refugió en noviembre del año 47, tras obtener el perdón de César. Para entretener su retiro forzoso del foro, abrió una especie de escuela de retórica y filosofía (*cf. Cartas a los familiar es*, IX, 18, 1-2), de cuyos debates salieron las *Disputaciones tusculanas* tantas veces citadas en estas notas. <<

[18] Séneca confunde a Marco Livio Druso, tribuno de la plebe en el año 91 a. C., con su padre, igual llamado y tribuno también de la plebe, en el 122 junto con Gayo Graco, a cuyas leyes reformistas se opuso con métodos demagógicos a fin de arruinar su popularidad (y lo consiguió: Gayo murió, como antes su hermano Tiberio, alzado en armas contra el Senado). Curiosamente, Séneca, en otra obra (*Consolación a Marcia*, 16, 4), distingue con claridad al padre del hijo, a quien, además, juzga muy distintamente («nobilísimo joven» lo llama; *cf*. otra opinión favorable en Plutarco, *Catón el Joven*, 1, 2, que lo menciona como tío y tutor que fue de Catón), alabando su afán reformador en la línea de los Gracos. En efecto, cuando Livio Druso accedió al tribunado, logró la aprobación de varias leyes; la más conflictiva, la *rogatio Liuia*, que otorgaba a todos los itálicos la ciudadanía romana, cumpliendo con una antigua aspiración de los pueblos aliados (*socii*) de Roma. Pero el Senado la abolió y los decepcionados *socii* se revolvieron contra su antigua aliada (la Guerra Social, del 91 al 89 a. C.). <<

[19] La toga característica de los magistrados (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 60 al final) era también obligatoria en los jóvenes hasta que eran declarados adultos y ciudadanos de pleno derecho, hacia los diecisiete años, en una ceremonia señalada en la que cambiaban su pretexta por la toga viril, sin adorno ninguno. <<

[20] Por el contrario, Séneca, en el *loc. cit*. en nota 472, lamenta que su muerte, ocurrida antes de concluir el año de su tribunado, dejara truncados tantos proyectos de leyes, y tampoco se plantea la posibilidad del suicidio, sino que la achaca a un anónimo homicida. Según Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, III, 82, el asesino fue un tal Quinto Vario, tribuno al siguiente año. <<

[21] Empleados en apoyar su candidatura y colaborar en la campaña electoral (*cf*. nota 511). <<

[22] No tan sólo parientes; se refiere sobre todo a los *heredipetae*, cazadores profesionales de herencias que, con artimañas y lisonjas, lograban hacerse legar la fortuna de los ancianos ricos sin herederos (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, 6, 1; 9, 2; *Sobre la ira*, III, 34, 2). Séneca, como otros, ridiculiza este despreciable oficio (*cf. Sobre los beneficios*, VI, 38, 4; Horacio, *Sátiras*, II, 5; Petronio, *op. cit*., 140-141; Juvenal, *op. cit*., 1, 37-41; 12, 93-130), pero no hay que olvidar que él mismo fue acusado de dirigir una extensa red de *captatores testamenti* (*cf. Sobre la vida feliz*, nota 333). <<

[23] Después de haber salido elegido magistrado con *imperium*, simbolizado por los haces (*cf. Sobre la ira*, III, nota 265), se le hace largo el año que dura su cargo. <<

[24] Durante la República algunas magistraturas incluían entre las obligaciones propias la organización de ciertos juegos. Prácticamente todos los gastos corrían por cuenta del magistrado, que se esforzaba por ofrecer un espectáculo cuya magnificencia acrecentara su popularidad (*cf.* 13, 6). Aunque en el imperio la adjudicación de los juegos se hacía por sorteo, seguía siendo un encargo apetecido en principio por el prestigio que podía proporcionar. <<

[25] Séneca se complace en recomendar esta norma de vida, *cf. Epíst*., 12, 8; 101, 10. <<

[26] En latín, *multum iactatus*; es inevitable recordar el verso tercero de la *Eneida, multum ille et terris iactatus et alto*: Eneas es un ejemplo preclaro de héroe «zarandeado mucho». <<

[27] Esta cita de Virgilio, *Geórgicas*, III, 66-67, en parte, la repite el filósofo, más completa, en *Epíst*., 108, 24 (vv. 66-68) y la glosa más prolijamente, pero, como aquí, insiste en la idea de recibir las palabras del poeta como un oráculo (*cf*. 2, 2); ahora no lo llama con el helenismo *poeta*, sino con la antigua palabra *uates*, cuyo significado incluye al poeta y al profeta). <<

[28] Papirio Fabiano fue maestro muy recordado de Séneca (vuelve a hacerlo en 13, 9, y más veces en otros escritos). Sus máximas, como esta que cita Séneca, le ganaban la admiración de la gente (*cf.* Séneca el Viejo, *op. cit*., II, pref., 1-3), pero no su dinero: era un auténtico filósofo, sin afán de lucro, no uno de esos que hacían de la filosofía un medio de vida y alquilaban sus consejos o abrían una escuela, donde dictaban por dinero sus lecciones sentados en la silla especial del *magister*, la *cathedra*; por eso Séneca los llama despectivamente *philosophi cathedrarii*. <<

[29] Séneca incluye en su sistema moral esta teoría epicúrea, sin contradecirla nunca ni modificarla, como otras: «Nada hay seguro si no es lo que ya ha pasado» (*cf. Consolación a Marcia*, 22, 1). <<

[30] Según algunos hay aquí una alusión al tonel agujereado que las cuarenta y nueve Danaides están en los infiernos intentando llenar eternamente: el agua que echan dentro se escapa al instante por las grietas. Esta condena les fue impuesta por haber matado en la noche de bodas a sus maridos, primos suyos; Dánao había casado a sus cincuenta hijas con los cincuenta hijos de su hermano Egipto pero, temeroso de sus parientes, había regalado a cada una una daga para que degollara a su esposo. Sólo Hipermestra lo desobedeció y Linceo, que se salvó, vengó a sus hermanos quitando la vida a Dánao y a sus hijas. <<

[31] El lugar donde se iban a vender al mejor postor los bienes confiscados a deudores morosos, condenados y proscritos (*cf. Sobre la providencia*, nota 20) quedaba marcado con una lanza (*hasta*) hincada en tierra, símbolo de la propiedad del pueblo romano. Los licitantes en estas ventas *sub hasta* estaban muy mal considerados (*cf*. Cicerón, *Filípicas*, II, 64). <<

[32] *Cf. Sobre la tranquilidad*, nota 412; el pasaje de *Consolación a su madre Helvia* que allí se aduce dice «valioso por la extravagancia de unos cuantos». <<

[33] Del griego *kḗrōma*, una pasta de cera y aceite (*cf*. Plinio, *op. cit*., XXIX, 26) que se untaban los luchadores para dificultar la presa del adversario; designaba también el lugar destinado a la práctica de la lucha y otras actividades similares (*cf*. Plinio, *op. cit*., XXX, 5). En época de Séneca era un helenismo muy reciente; empleándolo, el filósofo hace más evidente la influencia griega en la difusión de ciertas prácticas homosexuales en Roma; no habría conseguido este efecto si se hubiera servido de otros términos, también griegos, pero ya de tiempo arraigados en latín, como *palaestra* o *gymnasium* (de *gymnós*, «desnudo»: así se practicaban la lucha y el ejercicio físico en general). <<

[34] Séneca la emprende ahora con los homosexuales, pero sólo en cuanto que malgastan su tiempo mirando a los atletas jóvenes y cuidando exageradamente su aspecto y el de sus esclavos de placer (los *exoleti*, con frecuencia eunucos, *cf. Sobre la providencia*, 3, 13; *Sobre la ira*, I, 21, 3), a los que agrupan, además, por edades y razas (por no mezclar, sobre todo, tipos distintos de cabellos, *cf. Epíst*., 92, 24). No critica aquí las prácticas pederásticas (aunque insinúa su opinión: «desdichados muchachitos» dice más abajo) ni la homosexualidad en sí misma, como hace en otras ocasiones (*cf*. E. Conde Guerri, *La sociedad romana en Séneca*, Murcia, 1979, págs. 316-333). <<

[35] Para aliviar la tarea o las preocupaciones musitando una canción, como dice con palabras muy parecidas a las de Séneca el astrólogo Manilio, *Astrología*, V, 335-336; sobre la costumbre de chasquear los dedos para medir el ritmo de versos y canciones, *cf*. Quintiliano, *op. cit*.,IX, 4, 51. <<

[36] *Cf. Sobre la vida feliz*, nota 315. <<

[37] La ironía es evidente: los ánimos, piezas teatrales al principio llenos de comicidad crítica, habían degenerado en farsas esperpénticas y obscenas; pero a pesar de su crudo y exagerado realismo, dice Séneca, se han descuidado y no están a la altura de la realidad del día. <<

[38] *Cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, nota 442. <<

[39] Estaba ciertamente extendida la obsesión por conocer minucias intrascendentes hasta extremos ridículos, sobre todo pormenores perdidos en los mitos o en los comentaristas (*cf*. Suetonio, *Tiberio*, 70, 3; Juvenal, *op. cit*., 7, 229-236; Aulo Gelio, *op.cit*., XIV, 6), aunque los romanos, siempre más realistas y prácticos, al menos se afanaban, como se va a ver, mucho también por la historia en sus detalles microscópicos. <<

[40] Sobre las dos epopeyas a Séneca le parecían tan banales como la cuestión de los remeros de Ulises, otras que modernamente consideran fundamentales los especialistas, a saber, la cronología y el problema de la autoría, tan esencial que constituye la cuestión homérica por excelencia. <<

[41] En el año 260 a. C., frente a las costas de Sicilia y contra los cartagineses Duilio logró la primera victoria de la flota romana gracias a convertir la batalla naval en una prácticamente terrestre mediante unos artilugios llamados «cuervos» que inmovilizaban las naves enemigas (*cf. Consolación a Polibio*, I, 22-23). <<

[42] En el año 275 a. C. Manio Curio Dentato (*cf. Sobre la vida feliz*, nota 327) hizo desfilar en su triunfo sobre Pirro los elefantes que le había arrebatado en combate. Plinio, *op. cit*., VII, 139, sin embargo, afirma que fue Lucio Cecilio Metelo el primero en exhibir elefantes en un triunfo. <<

[43] Hijo de Apio Claudio el Ciego (*cf. Sobre la providencia*, nota 30). Fue cónsul en el año 264 a. C. y como tal comandó una escuadra con la que expulsó a los cartagineses de Sicilia (*cf*. Suetonio, *Tiberio*, 2, 1). Es de notar cómo Séneca pone también de su propia cosecha, ni siquiera bajo capa de discurso ajeno, unos detalles etimológicos e históricos dignos de esos eruditos en nimiedades que critica. <<

[44] Manio Valerio Corvino Máximo añadió a sus dos *cognomina* un tercero, Mesala, corrupción según Séneca (y Macrobio, *Saturnales*, I, 6, 26), de Mesana, el nombre de la ciudad siciliana (hoy Mesina) tomada por él durante la campaña de Claudio Cáudex; fue cónsul al año siguiente y aparece en las listas con el nombre de M. Máximo Mesala. <<

[45] Sila presentó este novedoso espectáculo durante su pretura en el año 93 a. C. (*cf*. Plinio, *op. cit*., VIII, 53); participaron arqueros mauritanos, habituados a cazar leones, mandados por su rey, Boco, que conocía a Sila desde que éste era lugarteniente de Mario y había tratado largamente con él el destino de su yerno Jugurta (*cf. Sobre la tranquilidad*, nota 428), al que finalmente capturó a traición y entregó a Mario (*cf*. Salustio, *Guerra de Jugurta*, 102-113). <<

[46] Esta contienda entre elefantes y lanceros originarios de Getulia tuvo lugar durante el segundo consulado de Pompeyo (año 55 a. C.), pero no fue del agrado del público (*cf*. Cicerón, *Cartas a los familiares*, VII, 1, 3; Plinio, *op. cit*., VIII, 20-21). <<

[47] *Cf. Sobre la providencia*, nota 23. <<

[48] Mediada la primera guerra púnica, en el año 250 a. C., el cónsul Lucio Cecilio Metelo (*cf. Sobre la providencia*, nota 31) obtuvo en Panormo una aplastante victoria sobre los cartagineses, capturándoles además una enorme cantidad de elefantes (casi un centenar, según Floro, *op. cit*., I 18, 29-30; *cf*. Plinio, *loc. cit*. en nota 496). <<

[49] El *pomerium* es una franja de terreno sagrado a ambos lados de la muralla de una ciudad y marca sus límites; todo ello según el ritual etrusco de la fundación (*cf*. Varrón, *Sobre la lengua latina*, V, 143) observado en numerosos asentamientos en el Lacio, Roma entre ellos. Ensanchar el pomerio de la Ciudad era prerrogativa de quienes con sus conquistas habían extendido los límites del imperio; Sila hizo uso de este derecho, pero después de él Julio César (*cf*. Aulo Gelio, *op.cit*., XIII, 14) y también Augusto (*cf*. Tácito, *Anales*, XII, 23, 2). <<

[50] Para la cronología de este diálogo sí es útil el detalle. <<

[51] *Cf. Sobre la ira*, nota 194. Comúnmente se creía que la retirada había sido al Monte Sacro, una colina al otro lado del Anio, y no al Aventino, como quería una variante mucho más minoritaria de la tradición (*cf.* Tito Livio, *op. cit*., II, 32, 2-3). <<

[52] Rómulo y Remo porfiaban por ser el que fundara ritualmente la ciudad y reinara sobre ella; para decidir la cuestión resolvieron recibir por separado los auspicios: Remo, en el Aventino, vio pasar seis buitres, pero por el Palatino, donde estaba Rómulo, pasaron al poco doce; a pesar de las protestas de los partidarios de Remo, los auspicios eran claramente favorables a su hermano (*cf*. Tito Livio, *op. cit*., I, 6, 3-7, 2). Quizá por esto el Aventino no se incluyó en el perímetro hasta Claudio, *cf*. Aulo Gelio, *op. cit*., XII, 14. <<

[53] El cinismo, renuente a las convenciones sociales, y el estoicismo, moralista y práctico, los presenta Séneca sin personalizar, al contrario de lo que hace con Epicuro y su ataraxia, con Carnéades (*cf. Sobre la ira*, III, nota 275) y su escepticismo (ponía en duda la posibilidad de la certidumbre, e incluso la existencia misma de los dioses), con Sócrates y la mayéutica. <<

[54] Porque el *patronus* solía corresponder al saludo matinal de sus *clientes* (*cf. Sobre la ira*, III, nota 223) con un obsequio en especie o en metálico, llamado *sportula*, «cestilla», pues se distribuía en pequeñas canastas. <<

[55] *Cf. Sobre la vida feliz*, notas 346 y 347. <<

[56] Fue Jerjes quien, antes de cruzar el Helesponto (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 49) y a la vista de sus inmensas tropas desplegadas por tierra y por mar (Séneca olvida mencionar la flota persa), se entristeció, sin embargo, y lloró por la razón que dice Séneca (*cf*. Heródoto, *op. cit*., VII, 44-46, 2). <<

[57] En latín el término *suffragator* tiene un significado más restringido que el castellano «elector»; quizá «partidario» fuera mejor traducción, pero seguiría faltando el matiz esencial: no se trata de un votante que meramente ha tomado partido por uno de los candidatos, sino, sobre todo, que hace campaña activa a su favor. <<

[58] La sandalia que menciona Séneca es la militar, *caliga* (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 82), que calzaban principalmente los soldados sin posibles (*cf.* Plinio, *op. cit.*, VIII, 135). No parece que con esto Séneca pretenda aludir a los orígenes humildes de Gayo Mario (*cf.* Plutarco, *Mario*, 3, 1; Salustio, *Guerra de Jugurta*, 63, 2-3), sino simplemente a su condición de militar, que lo fue prestigioso, como reformador del ejército y como estratega: acabó con Jugurta (*cf.* nota 499), con los teutones y los cimbrios (*cf. Sobre la ira*, I, nota 100); intervino en la Guerra Social (*cf.* nota 472 al final) y por último emprendió una civil contra Sila (*cf. Providencia*, nota 19). Fue elegido por el pueblo romano cónsul en cinco ocasiones, incluso alguna que otra en contra de la ley, para que pudiera comandar las legiones; en su sexto consulado se dedicó sólo a la política, para la que se demostró incapaz, dejándose manejar por los demagogos (*cf.* Plutarco, *loc. cit.*, 28-30, 1) Aún fue cónsul una séptima vez, pero murió a los pocos días de su elección. <<

[59] Lucio Quincio Cincinato fue designado dictador en el año 458 a. C., para dirigir la guerra contra los sabinos aliados con los ecuos y los volscos. Cuando le notificaron el nombramiento estaba arando su campo (*cf.* Tito Livio, *op. cit*., III, 26). La anécdota, embellecida con detalles legendarios, es muy citada en cada ocasión en que quieren los autores moralistas resaltar la austeridad de las costumbres en la primitiva Roma (*cf.* p. ej. Persio, *op. cit*., 1, 73-75). <<

[60] En esta breve biografía de Publio Cornelio Escipión Africano (*cf. Sobre la ira*, I, nota 104) alude Séneca al hecho de que inició su *cursus honorum* antes de la edad requerida, fue nombrado procónsul en contra de las normas y, finalmente, cónsul el año 205 a. C., a los treinta de edad. Su consulado se prorrogó hasta la batalla de Zama (año 202), pero rehusó ser nombrado cónsul vitalicio y otros honores que se le proponían, tan extraordinarios como poner su busto en el interior del templo de Júpiter (*cf.* Tito Livio, *op. cit*., XXXVII, 12, 12-13). Su hermano Lucio Cornelio Escipión fue cónsul en 190 y se ganó el *cognomen* de Asiático por su campaña en Asia; pero fue en realidad el Africano, que lo había acompañado como legado, el artífice de la demoledora victoria sobre Antíoco III el Grande en Magnesia (año 189). Ya de vuelta a Roma, los dos Escipiones fueron acusados por sus enemigos de apropiación indebida: Lucio, pese a la resuelta oposición de su hermano, fue condenado (*cf.* Tito Livio, *op. cit*., XXXVIII, 54-56; también *Consolación a Polibio*, 14, 4); Publio, despechado, se retiró a sus posesiones de Liternum, en la Campania, y no regresó más a Roma, donde ni siquiera quiso ser enterrado (*cf.* Valerio Máximo, *op. cit*., V, 3, 2). <<

[61] Esto es, el trigo que envían como impuesto en especie las provincias llamadas frumentarias y se proporciona gratuitamente a la plebe. Paulino, como prefecto de la anona, no ha de cuadrar cuentas sólo: sus demás deberes los desglosa Séneca más abajo (19, 1). <<

[62] De nuevo saca Séneca a escena a Calígula (*cf. Sobre la firmeza del sabio*, nota 76): bien por emular la desmesura de Jerjes, rey de los persas (*cf. ibid*., nota 49), bien por cumplir el imposible de atravesar el golfo de Bayas a caballo, unió esta ciudad con Putéolos (actual Puzzoli) mediante un puente tendido sobre naves de carga ancladas en doble hilera (*cf*. Suetonio, *Calígula*, 19). Séneca da a entender que el abastecimiento de trigo quedó interrumpido, con el consiguiente descontento popular, a pique de la revuelta. <<

[63] Gradación con remate duramente irónico: lo peor que podían esperar los prefectos era enfrentarse a Calígula (la mera visión de su rostro constituía el más terrible tormento, *cf*. la gradación similar de *Sobre la ira*, III, 19, 1). <<

[64] Tanto la anécdota como su protagonista nos son desconocidos; ahora bien, cabe sospechar un error en la transcripción del nombre, bien por parte del propio Séneca (caso que no es impensable), bien de los copistas, con lo que el personaje podría identificarse con Gayo Turanio o Turranio (*cf*. Castillo, 1995, pág. 94), como Paulino y antes que él, prefecto de la anona, lo que hace más oportuno el ejemplo (*cf*. Dahllmann, art. cit. en nota 458); es mencionado, sin más, por Tácito, *Anales*, I, 7; XI 31. <<

[65] *Cf. Sobre la tranquilidad del espíritu*, nota 421. <<